



Marco Fabio Quintiliano y la retórica democrática

Marco Fabio Quintiliano and Democratic Rhetoric

Víctor ALONSO ROCAFORT

Universidad de Alicante, España.

RESUMEN

Desde finales del siglo veinte estamos asistiendo a un resurgir de la retórica en diversos campos académicos, algo a lo que no resulta ajena la teoría política. Se debe precisar que se habla de diversas retóricas, ya se reivindicquen unos u otros autores, o se haga hincapié en determinados aspectos de la misma. Este trabajo se enmarca en una línea comprometida en revisar fundamentos sustanciales del conocimiento, la filosofía, la ética y la praxis política, en lo que algunos califican ya de retórica democrática. Desde ahí recuperamos a uno de sus grandes autores clásicos, Marco Fabio Quintiliano. Sus propuestas enriquecerán aquellas otras que han ido a contracorriente de las visiones triunfales de la ciencia política moderna, y que desde los años cincuenta ha tenido en autores como Hannah Arendt, Sheldon Wolin, Hans G. Gadamer, Eric Voegelin o Leo Strauss a sus mayores adalides.

Palabras clave: Retórica, Quintiliano, teoría política, democracia.

ABSTRACT

Since the end of the twentieth century rhetoric has seen a comeback in many academic fields, including political theory. We have to clarify that there are different versions of rhetoric, depending on the author that is taken as key, or on the different aspects of it that are highlighted. This article seeks to revise the essential foundations of knowledge, philosophy, ethics and political praxis, following the approach that is known as classical democratic rhetoric. We will revisit one of the greatest classical authors, Marcus Fabius Quintilianus. His proposals will enrich the approaches that have questioned dominant modern political science and its mainstream currents, through counter-current thinkers such as Hannah Arendt, Sheldon S. Wolin, Hans G. Gadamer, Eric Voegelin and Leo Strauss.

Key words: Rhetoric, Quintilian, political theory, democracy.

LA VIEJA QUERELLA

A la hora de hacer teoría, muchos autores se han visto en la tentación de presentar sus propuestas a modo de oráculo para con las cuestiones planteadas desde el mundo humano. En este sentido, se ofrecen a menudo soluciones simples, cargadas con sus buenas dosis de magia, a la hora de resolver problemas políticos de diversa complejidad. También se ha concebido la teoría como una épica labor de descubrimiento, gracias a la cual saldrían a la luz leyes inherentes al comportamiento humano, reglas ocultas o complejas estructuras de poder. Estas opciones omnipotentes suelen confiarse por regla general a la razón, a un método objetivo o a una entidad divina¹. Cualquiera de estas instancias permitiría al teórico acceder a lo natural, a la certeza, dando a sus recetas un aura prescriptiva. Se fijan de este modo significados inamovibles, capaces de reflejar milimétricamente lo real². Estaríamos, en definitiva, ante un trabajo científico donde primaría la precisión, la eficiencia y la capacidad predictiva de la teoría.

Éste no es el camino que aquí propondremos para la teoría política, a pesar de que es el que ha vencido en la relación que el mundo moderno ha establecido con el conocimiento. Desde otras sendas alternativas se construyen otros modos de hacer teoría, donde se suele enfatizar la dimensión interrogativa, problematizadora e iluminadora de los significados en la contingencia de la vida política. No se trata de hallar definiciones eternas y compactas de las cosas, sino significados ligados a los suelos, a las relaciones y a la riqueza de la vida práctica, en sus múltiples usos y perspectivas; significados, por tanto, sujetos a cambios. Con ello no queremos decir que estemos ante una tarea arbitraria o volátil; por el contrario, se trata de algo muy pensado. De ahí la importancia que pueden tomar las distinciones conceptuales o la búsqueda de lo significativo. Más que purgar a la realidad y nuestro contacto con ella de impurezas que nos impidan un pensar claro y racional, se trata de comprender la amplitud de las dimensiones de lo político, y de esta manera aceptar que algunas resultan incapaces de ser dominadas o controladas.

Estas dos opciones que presentamos como opuestas sitúan algunos de los términos centrales de una vieja querrela de siglos, aquella que ha enfrentado a la filosofía y la retórica, y donde la primera pareció salir triunfante³. Hoy sin embargo, se está produciendo una fructífera recuperación de la retórica, y en esta línea queremos enmarcar este trabajo.

La disputa entre filosofía y retórica se remonta en realidad a los tiempos de la antigua Grecia, y más concretamente a la confrontación que entonces se dio entre Isócrates y Platón⁴. Ambos autores se oponían a la manipulación, la amoralidad y la “charlatanería” en la que caían algunos sofistas en su búsqueda del éxito como oradores⁵, pero lo iban a hacer

- 1 FISH, S (1998). “Rhetoric”, in: BERNARD-DONALS, M & GLEIZER, RR (1998). *Rhetoric in an Anti-foundational World. Language, Culture and Pedagogy*, Yale University Press, New Haven and London, p. 38.
- 2 RAMÍREZ JL (2003). “La retórica, pórtico de la ciencia”: *Elementos*, nº 5, p. 5.
- 3 FISH, S (1998). *Op. cit.*, p. 40ss.
- 4 “La antítesis entre Platón e Isócrates... se adelanta al duelo de siglos venideros entre la filosofía y la retórica y lo desencadena”. JAEGER, W (2004). *Paideia*, Fondo de Cultura Económica, México, p. 830.
- 5 LIVINGSTONE, N (2007). “Writing Politics: Isocrates’ Rhetoric of Philosophy”: *Rhetorica*, vol. XXV, nº1 (Winter), p. 20. “La retórica estaba empeñada en una larga lucha con la filosofía y tenía la pretensión de pro-

desde extremos diferentes. Si de un modo preliminar nos fijamos en que tanto Isócrates como Platón escriben desde lo que consideran *filosofía*, podremos comprender la separación entre retórica y filosofía como un resultado posterior de este enfrentamiento, más que su causa⁶.

En *Contra los sofistas*, Isócrates echa en cara a los socráticos —o, como también los llama, “los disputadores”— su ambición a la hora de prometer la obtención de la verdad, de un conocimiento puro, sin tener en cuenta las consecuencias omnipotentes de dichas promesas imposibles⁷. En otro sentido, Isócrates ligará la verdad a la experiencia política práctica, a la contingencia y el *kairós*, al sentido común y a la fácil comprensión. Se alejaría por tanto de las aspiraciones de objetividad y del modelo dialéctico, a su entender demasiado formal y teórico, abstruso y a menudo confuso en sus términos⁸. En realidad, para Isócrates la abstracta filosofía platónica no atiende a la complejidad de la vida⁹, pues para Platón todo es tan simple como encontrar los significados “correctos”, los cuales se supone que “existen en el mundo, a la espera de que los reconozcamos, y de que encontremos la manera de expresarlos”¹⁰.

Para evitar que sus propuestas desembocaran en la falsa opinión relativista, como nos muestra Werner Jaeger, Isócrates trató de encontrar un sustento ético, “una línea intermedia entre la indiferencia moral de la educación retórica anterior y el criterio platónico consistente en reducir la política a ética, y que prácticamente nos volvería de espaldas a toda política”¹¹. Sobre el carácter ético, Isócrates nos indica que no es transmisible, no se puede inyectar; resulta indispensable poseer aptitudes naturales para él. Sí que se puede fomentar la virtud, así como ejercitarla desde el cultivo del discurso político (*logoi politikoi*) y desde el cuidado de la vida práctica¹². La ética además es una tarea plenamente filosófica, pues para Isócrates esta última incluye todas las modalidades que contribuyen a la formación general del espíritu¹³.

Aristóteles por su parte, a partir de su obra sobre Retórica, supondría para algunos una mediación en esta querrela¹⁴; otros sin embargo creen que dicho tratado sitúa las bases

porcionar, frente a las gratuitas especulaciones de los sofistas, la verdadera sabiduría sobre la vida”. GADAMER, H-G (2005). *Verdad y método*, vol. I, Ediciones Sígueme, Salamanca, p. 49.

6 LIVINGSTONE, N (2007). *Op. cit.*, pp. 15-16. EAGLETON, T (1998). “A Short History of Rhetoric”, in: BERNARD-DONALS & GLEIZER, RR (1998). *Op. cit.*, p. 89.

7 ISÓCRATES. *Contra los sofistas*, 1 y 2. Citado in: LIVINGSTONE, N (2007). *Op. cit.*, p. 20; ver también: JAEGER, W (2004). *Op. cit.*, pp. 842-843.

8 LIVINGSTONE, N (2007). *Op. cit.* p. 27; JAEGER, W (2004). *Op. cit.*, pp. 846, 855.

9 FISH, S (1998). *Op. cit.*, p. 42.

10 TOULMIN, S (2001). *Regreso a la razón. El debate entre la racionalidad y la experiencia y la práctica personales en el mundo contemporáneo*, Península, Barcelona, p. 112.

11 JAEGER, W (2004). *Op. cit.*, p. 838.

12 ISÓCRATES, “*Contra los sofistas*”, 21. Citado in: LIVINGSTONE, N (2007). p. 23.

13 JAEGER, W (2004). *Op. cit.*, p. 834.

14 GAONKAR, DP (1999). “Rhetoric and its Double. Reflections of the Rhetorical Turn in the Human Sciences”, in: LUCAITES, JL, CONDIT, CM & CAUDILL, S (eds.) (1999). *Contemporary Rhetorical Theory. A Reader*, The Guilford Press, New York, p. 198.

para comprender una *phrónesis* más amplia a partir de la retórica¹⁵. Efectivamente, Aristóteles trata de quitar el estigma de la persuasión a la retórica cuando afirma “que su objeto no es persuadir, sino ver los argumentos propios de cada asunto”¹⁶. Y sin embargo, no le otorga una posición entre las virtudes del alma. Ni a ella ni a “su contrapartida”¹⁷, la dialéctica, les otorgará rango de ciencias¹⁸. Serán así meras facultades para proporcionar razones: la una para considerar lo convincente, la otra para llevar adelante un razonamiento lógico.

En el relato de esta vieja disputa, por tanto, Isócrates resulta casi un punto de partida, pues la línea que le une a Marco Tulio Cicerón y Marco Fabio Quintiliano es la que posteriormente recuperará el humanismo del Renacimiento¹⁹ y, más adelante, autores como Giambattista Vico²⁰. Para Stanley Fish ésta es la línea de la retórica que se rebelará frente a la filosofía platónica y sus continuadores²¹. En este mismo sentido se expresa Hans G. Gadamer: “Se repitió en la época del Renacimiento un debate similar al que se había producido en la antigüedad clásica entre retórica y filosofía. Pero ya no fue tanto la filosofía, sino la ciencia moderna y la correspondiente lógica de juicio, conclusión y demostración la que cuestionó los derechos y la validez de la retórica y con el tiempo salió victoriosa”²².

Uno de los factores que, según Terry Eagleton, influyeron entonces en el decisivo declive de la retórica fue el ataque que la nueva ciencia política moderna ejecutó sobre las *confusiones* de la política práctica²³. Las vicisitudes de este último humanismo retórico y su enfrentamiento tanto con la filosofía escolástica como, posteriormente, con la nueva ciencia moderna, el cartesianismo o el ramismo, superan los límites de lo que nos planteamos en este trabajo. Aquí nos limitaremos a estudiar lo que puede suponer la recuperación de la línea retórica de Quintiliano, y trataremos de evaluar qué nos puede aportar a nuestra particular comprensión retórica de la teoría política en un tiempo, el nuestro, en el que la vieja querrela continúa en términos muy parecidos a los de entonces²⁴.

15 FARREL, Th (1999). “Practicing the Arts of Rhetoric. Tradition and Invention”, in: LUCAITES, JL, CONDIT, CM & CAUDILL, S (eds.) (1999). *Op. cit.*, pp. 79-85.

16 ARISTÓTELES (2000). *Retórica*, trad. Alberto Bernabé, Alianza Editorial, Madrid, I.1, 1355b.

17 *Ibid.*, I.1, 1354a.

18 En cuanto las premisas se erigen en principios, ya no tenemos dialéctica ni retórica, tenemos ciencia. *Ibid.*, I.2, 1358a.

19 LEFF, M. “The habitation of Rhetoric”, in: LUCAITES, JL, CONDIT, CM & CAUDILL, S (eds.) (1999). *Op. cit.*, p. 54.

20 Resulta habitual situar a Vico como un capítulo, casi un epílogo, de la tradición retórica. MOONEY, M (1985). *Vico in the Tradition of Rhetoric*, Hermágoras Press, 1994, p. 19. Aceptando dichas continuidades, otros autores apostarían por no cercar la originalidad de Vico a los únicos miembros de la retórica. CACCIATORE, G (2004-2005). “Leer a Vico hoy”: *Cuadernos sobre Vico*, nº 17/18 (2004-2005), p. 22; SEVILLA, JM (1998). “Vico, historiadores y retóricos”: *Cuadernos sobre Vico*, nº 9/10, p. 349.

21 FISH, S (1998). *Op. cit.*, pp. 42, 55.

22 GADAMER H-G (2002). “Retórica y hermenéutica” (1976), in: *Op. cit.*, p. 271.

23 EAGLETON, T (1998). *Op. cit.* p. 90.

24 FISH, S (1998). *Op. cit.*, p. 46. TOULMIN, S (2001). *Op. cit.*, pp. 50, 53.

EL APORTE DE MARCO FABIO QUINTILIANO A LA TEORÍA POLÍTICA

Del personaje de Quintiliano de Calahorra (aprox. 35-95 d. C) poco podemos decir más allá de lo que él mismo nos cuenta; de este modo, sabemos que compuso sus doce libros de la *Institutionis Oratoriae* tras veinte años de dedicación a la enseñanza de la retórica “y una rica experiencia de orador y abogado”, así como que fue el primer rétor pagado con dinero público²⁵. Su vida transcurrió en una época imperial muy distinta a la república que vivió Cicerón²⁶. A pesar de su origen hispano, tan sólo recientemente se ha traducido la obra completa de Quintiliano al castellano directamente del latín²⁷.

Quintiliano, como buen *rétor*, no es un autor que trate de esconder sus intenciones ni sus sentimientos tras un texto escrito en busca de una aparente objetividad. Mientras está trabajando en su obra, su hijo Quintiliano fallece, una desgracia que se une a la muerte reciente de su joven esposa y de su otro hijo de apenas cinco años. Todo esto nos lo relata él mismo, lamentándose de que, con la pérdida de su hijo, se le ha reproducido “la herida de la orfandad”. Su obra pasará a convertirse en la razón para seguir viviendo, en su consuelo al dolor sufrido; con ella ya no busca ningún provecho, sino que “todo este esfuerzo mira a las muchas utilidades de los otros”²⁸.

FILOSOFÍA Y ÉTICA EN LA RETÓRICA

Y si esta melancólica generosidad es la reconocida disposición que sobrevuela la obra, sus primeros acordes tienen mucho de continuación de viejas querellas aún no resueltas. Quintiliano abre su obra, en el Proemio del libro I, dando cuenta de la escisión que se produjo en Atenas entre la retórica y la filosofía: “Como muy claramente demuestra Cicerón, estas cosas –Filosofía y Retórica–, igual que están vinculadas por naturaleza, así se hallan también unidas en su práctico campo de actuación, de suerte que sabios y elocuentes vengan a ser lo mismo. Pero después se escindió este común empeño, y por negligencia se llegó a que pareciesen ser varias actividades distintas”²⁹.

Asuntos y cuestiones fundamentales han quedado encerradas en el ámbito de la Filosofía cuando, “¿quién no habla ahora de la justicia, de la equidad y del bien, aunque sea el peor de los hombres? ¿Quién, aún entre la gente de campo, no indaga algo acerca de las causas de la naturaleza?”³⁰. Quintiliano sabe que no son tareas exclusivas de los sabios o los expertos, pues la gente que frecuenta la plaza y el mercado, aquella que trabaja los campos, se pregunta por estas cuestiones y participa en la elaboración de sus significados. De

25 FONTÁN, A (1998). “Marco Fabio Quintiliano, vir bonus doctor dicendi”, Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos, nº 15, p. 249. KENNEDY, GA (2003). *La retórica clásica y su tradición cristiana y secular desde la Antigüedad hasta nuestros días* (2ª edición revisada y aumentada; 1999 en su versión original), Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, p. 145.

26 SKINNER, Q (1996). *Reason and Rhetoric in the Philosophy of Hobbes*, Cambridge University Press, p. 69.

27 QUINTILIANO, MF (1997-2001). *Obra completa: Sobre la formación del orador (Institutionis Oratoriae)*, 12 libros repartidos en cinco tomos, traducción y comentarios de Alfonso Ortega, Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca.

28 QUINTILIANO, MF (1997-2001). *Op. cit.*, Libro VI. Proemio, fragmentos 1-16 (VI.Proemio, 1-16).

29 *Ibid.*, I.Proemio, 13.

30 *Ibid.*, I.Proemio, 16.

esta manera nuestro autor reclama que tales asuntos, tenidos por exclusivos de la filosofía, sean compartidos por la retórica³¹.

El desamparo en el que quedó la retórica, lejos de la reflexión ética y filosófica, es lo que causó que se valiesen de ella “mentes menos vigorosas” que aprovecharon una situación en la que “tan pronto como empezó a ser la lengua fuente de ganancias...se hizo costumbre el mal empleo de los bienes de la elocuencia”³². Es por ello que Quintiliano recomienda la lectura de los filósofos pues, insistirá, los oradores les dejaron “campo libre en la parte más noble de la propia tarea”: “Porque tanto acerca de lo justo, de lo honroso, de lo útil, como de sus conceptos contrarios, y de las ideas sobre lo divino, hablan especialmente los filósofos y ofrecen argumentos profundos”³³.

Es ésta la quiebra entre filosofía y retórica que se produjo tras Isócrates, la cual Aristóteles no tuvo ánimo de restaurar. Al igual que ellos, Quintiliano no comprende la retórica como el arte de la persuasión. Y como Isócrates, y también en cierto modo como en la *phronesis* aristotélica, el de Calahorra va a reivindicar una filosofía indisoluble de lo “práctico”, de lo que es apropiado en situaciones diversas, sin que por ello se renuncie a la búsqueda de la sabiduría acerca de los asuntos que aparecen como necesarios y eternos³⁴. En este sentido para Quintiliano “en toda cuestión especial hay con toda seguridad implícita una general, ya que es anterior”³⁵.

En el proemio del libro I, nuestro autor nos deja algunas claves que posteriormente desarrollará respecto a sus exigencias para la formación del orador perfecto: “no puede serlo si no es un hombre honrado, y por esto mismo no sólo exigimos de él la eximia dádiva del hablar (*dicendi*), sino todas las virtudes del alma”³⁶. Por un lado, coincide con Isócrates al anteponer la excelencia de carácter a la habilidad de palabra³⁷; y por otro, ya nos anuncia su exigencia al orador: una formación completa en diversas artes y ciencias.

UNA EDUCACIÓN RETÓRICA

La educación siempre ha sido un asunto capital para la filosofía política. En este caso, la propuesta de Quintiliano no se basará en reglas y fríos manuales. Según él, debemos estar atentos para que el maestro “no contemple la enseñanza como servicio, sino como signo de afecto. Así no desapareceremos entre la turba”³⁸. De este modo los sentimientos que emer-

31 *Ibid.*, I.Proemio, 17.

32 *Ibid.*, I.Proemio, 13-14.

33 *Ibid.*, Libro X, capítulo 1, fragmento 35 (X.1, 35).

34 Al respecto de la filosofía como “búsqueda”, Quintiliano destaca a Pitágoras, quien “no quiso que se le llamara *sabio*, como los que le precedieron en la filosofía, sino *amante de la filosofía*”. *Ibid.*, XII.1, 19.

35 *Ibid.*, III.5, 9.

36 *Ibid.*, I.Proemio, 9. Basándonos en la distinción retórica entre hablar y decir, que nos recuerda Javier Roiz, consideraríamos conveniente traducir *dicendi* por “decir”, al contrario de la opción manejada por el traductor, Alfonso Ortega, quien opta por “hablar”. ROIZ, J (2003). *La recuperación del buen juicio. Teoría política en el siglo veinte*, Foro Interno, Madrid, pp. 318, 364.

37 Ver: ISÓCRATES, *Contra los sofistas*, p. 21. Citado in: LIVINGSTONE, N (2007). *Op. cit.*, p. 23.

38 QUINTILIANO, MF (1997-2001). *Op. cit.*, I.2, 15. “Ni siquiera deseo tener como lector de mi obra a quien vaya a calcular qué le reportarán sus estudios”. *Ibid.*, I.12, 17.

gen de su propia vida no sólo ofrecen el tono de su obra, sino que entran plenamente en sus contenidos, al menos a la hora de concebir la educación.

Nuestro autor concebirá la formación “desde la lactancia y la cuna”, pues sabe que quien “ha de ser orador elocuentísimo dio alguna vez sus berridos e hizo con voz insegura sus primeros intentos de hablar”³⁹. El de Calahorra trata así de aconsejar los mejores cuidados para el infante, sin invasiones ni castigos —“una cosa fea...un acto de injusticia”—, sin presiones de ningún tipo⁴⁰ para, de este modo, ir cultivando pacíficamente “la vivacidad y la penetración de la inteligencia” propia de los seres humanos⁴¹. Inyectar saberes, forzar mediante castigos y violencia, es algo no sólo injusto, sino perjudicial para lo que se busca. Esta postura es algo que Quintiliano, significativamente, mantendrá para el mundo de los adultos⁴².

El mundo infantil no resulta devaluado en su obra. Se valora especialmente la memoria, “el aliento del alma”⁴³, como el principal talento de los niños⁴⁴. Quintiliano será asimismo muy consciente de la diversidad de caracteres de cada alumno, y de la necesidad de que el maestro se adapte lo mejor posible a cada cual⁴⁵. Quintiliano considera a los niños como ciudadanos que están comenzando su formación, tan dignos como aquellos de más edad —también en formación, pero en otra etapa y con otras exigencias⁴⁶—, por lo que no les aparta a un lado al pensar lo público.

Otra muestra de la alta consideración que tenía Quintiliano por los infantes aparece cuando se lamenta de la pérdida de su hijo de cinco años; entonces exclama: “¡qué modo de ser de un alma apacible y ya entonces profunda!”⁴⁷. A la vez, cuando nos habla del mayor, aprecia por encima de todo su “bondad”, “su sentir humano y pensar noble”⁴⁸. Esta comprensión de los lactantes y los niños le otorga una sensibilidad especial —podemos decir que ya incluida, a partir de él, en la tradición de la retórica democrática— hacia el entendimiento de un ciudadano más completo y más realista, al que no se le purgan los sentimientos y las pasiones como tampoco, en “una nueva orfandad”, se le hace desaparecer su infancia.

39 *Ibid.*, I.1, 21. Como indica Walter Ong, es “en los balbuceos infantiles...donde se hallan las raíces más profundas del lenguaje”. ONG, W (1996). *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, Fondo de Cultura Económica, México, p. 113.

40 QUINTILIANO, MF (1997-2001). *Op. cit.*, I.3, 8, 14. Y añade sobre los jóvenes que son presionados, castigados: “mientras sienten temor a todo, a nada se atreven”. *Ibid.*, II.4, 10.

41 *Ibid.*, I.1, 2.

42 “Si los delinquentes pueden de alguna manera cambiar su modo de pensar para llevar una vida honrada, como por lo general se admite que es posible, más en interés del Estado estará el dejarlos libres que el castigarlos”. QUINTILIANO, MF. *Sobre la formación del orador*, XII.1, 42.

43 *Ibid.*, XI.2, 1.

44 *Ibid.*, I.3, 1. Así como los ciudadanos de más edad por lo general tienen otros talentos, como la experiencia en los ancianos.

45 *Ibid.*, II.8, 1, 3, 5. Ver también: *Ibid.*, II.1, 7.

46 Para Quintiliano “también en la vejez se pueden aprender las cosas”. *Ibid.*, XII.11, 23.

47 *Ibid.*, VI.Proemio, 7.

48 *Ibid.*, VI.Proemio, 10.

Todo ello supone un cambio sustancial respecto a las ideas aristotélicas, donde los infantes eran ciudadanos “bajo condición..., incompletos”⁴⁹. En Aristóteles la virtud moral procedía de tres fuentes: la naturaleza, los hábitos y la educación. La aptitud natural resulta por tanto necesaria pero, para enseñar a la mayoría a ser virtuosos, se precisa de la coacción a partir de las leyes, algo que el de Estagira relaciona estrechamente con los *beneficios* de los castigos: “El carácter debe estar de alguna manera predisuelto para la virtud.... Pero es difícil encontrar desde joven la dirección recta hacia la virtud, si uno no se ha educado bajo tales leyes... Necesitamos leyes y, en general, para toda la vida, porque la mayor parte de los hombres obedecen más a la necesidad que a la razón, y a los castigos más que a la bondad”⁵⁰.

Aquí anida la razón de que Aristóteles confíe tanto en el legislador y su control sobre múltiples aspectos de las vidas⁵¹, no sólo de los niños sino también de quienes son considerados ciudadanos. De esta forma propondrá de manera detallada los castigos que, en su opinión, se deben recibir en caso de faltas tales como la “indecencia en el lenguaje”⁵². Si para Aristóteles lo normal es castigar a los niños –a quienes debe gobernarse “monárquicamente”, no como a ciudadanos libres⁵³– por sus errores y faltas, comprobamos de este modo cómo a la hora de imponer castigos sobre quienes sí son considerados ciudadanos se va a admitir, en cierto modo, que la mutilación realizada sobre *lo infantil* –es decir, sobre los incapaces de *decir* en la ciudad⁵⁴– afecta a toda la polis. La falta de confianza sobre los infantes/ciudadanos, la sospecha, lleva así a la vigilancia.

En el ciudadano y en la ciudad se purgan ámbitos fundamentales, voces y silencios necesarios, significativos, que recibirán con Aristóteles uno de sus primeros ataques teóricos de envergadura. En este sentido, una labor que surge como necesaria en la teoría política contemporánea, a contracorriente de estos postulados, es la de ahondar en una ciudadanía más completa y democrática, heredera de las propuestas retóricas de Quintiliano.

49 ARISTÓTELES (1988). *Política*, trad. de Manuela García Valdés, Editorial Gredos, Madrid, III.5, 1278a 2. Este aspecto no se refiere sólo a los niños varones menores de determinada edad, sino que podemos ampliarlo a los esclavos y mujeres. Así, por ejemplo, Aristóteles considera que los esclavos carecen de facultad deliberativa; las mujeres la poseen, pero sin autoridad; mientras que los niños la tienen imperfecta. Ésta es una más de las diversas variantes de una incompletitud que les incapacita para ser ciudadanos de pleno derecho. *Ibid.*, I.13, 1260a, 7-8.

50 ARISTÓTELES (1985). *Ética Nicomáquea*, trad. de Julio Pallí Bonet, Editorial Gredos, Madrid, X.9, 1179b 20-1180a 10.

51 Así el legislador prescribe actividades tan peregrinas como “cuándo y en qué condiciones el hombre y la mujer deben tener relaciones conyugales unos con otros”. ARISTÓTELES (1988). *Política*, VII.16 1334b 2.

52 “Si alguno [un joven] es sorprendido diciendo o haciendo alguna cosa prohibida, si es libre y aún no tiene el privilegio de sentarse en las mesas de los comunes [menor de 21 años], que se le castigue con vejaciones y azotes; y si es mayor de edad, con vejaciones propias de hombres no libres, adecuadas a su conducta servil”. *Ibid.*, VII.17, 1336b 8-10.

53 *Ibid.*, I.12, 1259b 2.

54 *Infante* vendría del latín: *in-*: partícula negativa; *fari*: hablar (*Fans, fantis*: participio presente). ROIZ, J (2003). *Op. cit.*, p. 157. “Huelga decir que la palabra infante es un término político y no hace referencia sólo a los niños; piénsese, si no, en la infantería”. *Ibid.*, pp. 322-323.

El de Calahorra, siguiendo a Isócrates, concibe la educación como un cultivo de aptitudes naturales⁵⁵, de estímulo hacia el saber, hacia el amor a los libros a partir del juego⁵⁶. Queda así muy distante de aquella tarea del vigilante legislador, el cual “debe imbuir en las almas de los ciudadanos” las virtudes⁵⁷. Quintiliano además concibe la educación como un antídoto⁵⁸, pues es consciente de que asimilamos, leemos o escuchamos cosas que más tarde hemos de “desaprender”⁵⁹. De ahí el cuidado y el mimo, la libertad, en esta primera infancia, vital para que no se enquisten actitudes difíciles de sanar en el ciudadano: “Los entendimientos tiernos, y que habrán de recibir con más hondura cuanto tomare asiento en sus espíritus no formados y desconocedores de todo, no sólo deben aprender lo que es lenguaje correcto, sino más aún lo que es moralmente bueno”⁶⁰.

Al venir al mundo también uno viene a la tarea del significado, por lo que Quintiliano aconseja que “también entre las enseñanzas primeras no carece de utilidad hacerles ver lo siguiente [a los niños]: bajo qué diversas significaciones podrán ser respectivamente entendidas las palabras”⁶¹. Ésta es una de las asunciones principales en la tradición retórica: los conceptos no poseen significados fijos y eternos, no son unívocos. Y la retórica de Quintiliano no trata de comprender las palabras en el aire, aisladas, sino que busca “disponer el discurso de acuerdo con las circunstancias de lugar, de tiempo y de personas”⁶²; es decir, a partir de la situación específica. Para cada situación distinta se requieren diversas aptitudes y habilidades, de ahí que Quintiliano exija una formación lo más completa posible para el ciudadano.

Para nuestro autor incluso la geometría será útil, por lo que también se debe formar al orador en ella. Su importancia no vendrá por lo que su saber acabado nos reporte, sino por la práctica mental que produce su aprendizaje, pues en ella “se aguza el ingenio y llega la rapidez de captación”⁶³. Asimismo los conocimientos geométricos ayudarán en la *dispositio*, una de las partes fundamentales de la retórica y encargada de ordenar el discurso y las ideas⁶⁴.

En esta educación integral la música, con su ritmo y melodía, con sus respetados silencios, “en sensible consonancia con la doctrina de los afectos respecto a lo que se interpreta”, y teniendo en cuenta a su vez que “el conocimiento de la medida musical...tiene fuerza para excitar y apaciguar” estos “afectos”, se revela como un arte “imprescindible”

55 QUINTILIANO, MF (1997-2001). *Sobre la formación del orador*, I.Proemio, 26.

56 *Ibid.*, I.1, 20.

57 ARISTÓTELES (1988). *Política*, VII.14, 1333b 21.

58 QUINTILIANO, MF (1997-2001). *Op. cit.*, I.10, 6. Citado también in: ROIZ, J (2003). *Op. cit.*, p. 39.

59 QUINTILIANO, MF (1997-2001). *Op. cit.*, I.1, 5; II.3, 2.

60 *Ibid.*, I.8, 4. Ver también: *Ibid.*, I.12, 8.

61 *Ibid.*, I.8, 15.

62 *Ibid.*, VI.5, 11

63 *Ibid.*, I.10, 34.

64 *Ibid.*, I.10, 37. Ver también: *Ibid.*, VII.Proemio, 3.

para Quintiliano⁶⁵. El hispanorromano nos recuerda que la música se encuentra en los orígenes de la palabra, con los poetas –“inimaginables sin música”–, y también en las canciones “de las ayas que se destina al arrullo de los niños”⁶⁶.

Quintiliano es por tanto sensible al hecho de que “aprendemos toda lengua primeramente a través de los oídos”⁶⁷. En una época donde el soporte escrito estaba reservado a las élites intelectuales, nuestro autor es consciente de que previo a toda escritura se presenta la oralidad⁶⁸. Sin embargo y como resulta evidente, Quintiliano utiliza la escritura. En palabras de Walter J. Ong: “La retórica era y tuvo que ser un producto de la escritura...Desde el principio la escritura no redujo la oralidad, sino que la intensificó, posibilitando la organización de los principios o componentes de la oratoria”⁶⁹.

Esto no quiere decir que para los discursos deliberativos, o a la hora de participar en un juicio, uno se tenga que guiar por un texto escrito, “ya que de repente ocurren innumerables situaciones críticas”⁷⁰, no previstas, que requieren de nuestra improvisación⁷¹. Por ejemplo, en un proceso judicial “ha de cambiar su estrategia el orador...según la diversidad de cada caso”⁷²; también a partir de lo que los otros digan. De esta forma, “en estos discursos ante los tribunales hay que estar, como dice la gente de campo, con los dos pies firmes en tierra”⁷³. No es posible por tanto pre-decir. Asimismo, es la oportunidad del *kairós* lo que imprime autenticidad a lo que se quiere decir⁷⁴.

En palabras de Walter Ong: “en una cultura oral, la restricción de las palabras al sonido determina no sólo los modos de expresión sino también los procesos de pensamiento”⁷⁵. La retórica se sirve de la escritura, pero posee una innegable raíz oral que entronca con su honda concepción del ciudadano y de la ciudad. De ahí la importancia de las referencias de Quintiliano a la música y al oído, pues la fugacidad del sonido, esa evanescencia que hace que al pronunciar una palabra ésta vaya desapareciendo, se presta al interior humano directamente. Para Ong, a diferencia de la vista, “el oído puede registrar la interioridad sin violarla”⁷⁶. Esta hondura del oído, su carácter pacífico y su necesidad de cuidados, la tiene

65 *Ibid.*, I.10, 24, 31, 33. LUQUE MORENO, J (1998). “Métrica y música en Quintiliano”, in: ALBADALEJO, T., DEL RIO, E & CABALLERO, JA (eds.) (1998). *Quintiliano: historia y actualidad de la retórica*, 3 vols., Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, vol. II, p. 985.

66 QUINTILIANO, MF (1997-2001). *Op. cit.*, I.10, 29, 32.

67 *Ibid.*, X.1, 10.

68 ONG, W (1996). *Op. cit.*, p. 18.

69 *Ibid.*, p. 19.

70 QUINTILIANO, MF (1997-2001). *Op. cit.*, X.7, 2.

71 Es la contingencia de la vida la que irrumpe en escena a la hora de deliberar o juzgar, y aunque escribamos, estudiemos y ejercitemos un discurso, siempre debemos estar dispuestos, gracias a nuestra formación, para la improvisación: “Sin duda el mayor fruto y en cierto modo plena recompensa del largo trabajo es la capacidad de hablar improvisando”. *Ibid.*, X.7, 1; ver también: *Ibid.*, X.7, 29, 20, 8.

72 *Ibid.*, X.7, 3.

73 *Ibid.*, XII.9, 18.

74 *Ibid.*, X.7, 14.

75 ONG, W (1996). p. 40. A su vez, “la escritura ha transformado la conciencia humana”. *Ibid.*, p. 81.

76 *Ibid.*, pp. 75-76.

muy en cuenta Quintiliano cuando nos pide que “tratemos primero de sosegar los oídos de la gente”⁷⁷. Pero no sólo es importante no dañar a los otros cuando nos escuchan, sino también “oír con atención al adversario mientras pronuncia su discurso”⁷⁸.

La importancia del oído y de la música, su relación directa –al igual que la voz⁷⁹– con el foro interno de las personas, son ideas que la tradición retórica ha ido mimando a lo largo de los siglos, y podemos decir que tienen en Quintiliano un primer referente que no obviarán el humanismo ni la música barroca, entre otros.

LA CUESTIÓN DEL SIGNIFICADO

En la educación retórica, al atender Quintiliano la geometría y el cuidado de la música, hemos comprobado que para la formación del buen ciudadano elocuente –que es al fin y al cabo lo que la palabra *orator* nos dice a través de Quintiliano⁸⁰– se requiere la enseñanza de otras artes que ayuden a la propia retórica. Sería algo parecido a lo que sucede con las cuestiones filosóficas, aunque en este último caso Quintiliano insiste en reclamarlas indisolubles de la *rhetorice*. Por último, la formación del orador comprenderá todo el repertorio clásico de la ciencia del bien decir, como la gramática, la expresión, el uso de los argumentos o el conocimiento de los tropos y figuras. En esta tarea resulta central la cuestión de los significados que, como vimos, Quintiliano reconoce cambiantes y no unívocos: “Es cosa de los oradores el conocer las significaciones propias de cada palabra, aclarar las dudosas, pronunciar un juicio sobre sus falsas interpretaciones”⁸¹.

Para ello será precisa la dialéctica o, como la denomina Quintiliano, el “arte de disputar”, pues “muchas veces es útil en las definiciones, en la formación de los conceptos, en discernir lo que constituyen diferencias, en la eliminación de la ambigüedad, en las divisiones”⁸². En Aristóteles dialéctica y retórica eran consideradas hermanas gemelas, aunque a su entender no eran más que “facultades útiles”. Quintiliano las considera de un modo más elevado, y así para el de Calahorra ambas son virtudes, estableciendo, eso sí, una clara distinción entre ellas: “Hay dos géneros del discurso, el uno continuado, que se llama retórico, el segundo cortado, llamado dialéctico, que Zenón a su vez puso en tan estrecha conexión, que comparó a este último con el puño cerrado, al primero con la mano abierta, también el arte disputadora –la Dialéctica– será una virtud: en nada habrá dudas sobre la primera, que tiene más belleza y mayor claridad”⁸³.

77 QUINTILIANO, MF (1997-2001). *Op. cit.*, XII.1, 14.

78 *Ibid.*, XII.9, 19. Para Walter ONG (1996). *Op. cit.*, pp. 75-76: “El oído une; la vista aísla...Es posible sumergirse en el sonido, en el oído... [mientras que] un ideal visual típico es la claridad y el carácter distintivo, diferenciar...El ideal auditivo, en cambio, es la armonía, el conjuntar”.

79 *Ibid.*, p. 75. “El habla crea la vida consciente, pero asciende hasta la consciencia desde profundidades inconscientes”. *Ibid.*, p. 84.

80 AUBERT, S (2007). “Stoïcisme et romanité. L’orateur comme *homme de bien habile à parler*”: *Camena*, nº 1 (janvier). Para Javier Roiz el término *orator* en Quintiliano nos remite al “ciudadano que participa en el foro”. Cf. ROIZ, J (2003). *Op. cit.*, pp. 47, 39.

81 QUINTILIANO, MF (1997-2001). *Op. cit.*, XII.2, 10.

82 *Ibid.*, XII.2, 13.

83 *Ibid.*, II.20, 6. Esta distinción resulta clave para Javier Roiz, quien relaciona la idea de la mano abierta de la retórica con sus cualidades pacíficas y su atención a la letargia. Cfr. ROIZ, J (2003). *Op. cit.*, p. 317.

Explicaba Arist3teles que si la dial3ctica se caracterizaba por el silogismo —que partía de premisas ciertas, de verdades universales—, el entimema ret3rico por su parte s3lo podía valerse de premisas a lo sumo probables, que se tomaban del campo de los asuntos humanos, como sabemos cambiante y contingente⁸⁴. Quintiliano comparte esta distinción cuando se pregunta: “¿no es así que la Ret3rica no tiene siempre la pretensión de decir la verdad, sino siempre lo verosímil?”⁸⁵. Y lo verosímil para el hispanorromano aparece fruto de “todo” lo que capta la inteligencia⁸⁶. La inteligencia es algo más que lenguaje; éste se queda escaso ante la riqueza del mundo. De ahí su tratamiento de los tropos, principalmente de la metáfora o *translatio* —“el más hermoso de todos”—, el cual, desde su “traslación del significado..., presta al lenguaje el beneficio de que ninguna cosa parezca carecer de nombre”. No nos dice así que ninguna cosa carezca de nombre, sino que gracias a la metáfora podemos sacar adelante este déficit de manera incluso que, si es acertada, “aumenta ella la plenitud de la expresión”⁸⁷.

De este modo, desde el mismo lenguaje, pero en relación con imágenes, analogías y demás sugerencias fruto de lo impropio, Quintiliano apelará a otros segmentos de nuestra inteligencia en la ambigua y delicada tarea del significado.

VIR BONUS DICENDI PERITUS

A la hora de explicar cómo el *buen ciudadano* tiene mucho que decir “sobre la justicia, la fortaleza, la moderación, la templanza y la piedad”, Quintiliano incide en que aquél “tiene conocimiento de esos conceptos, no tan sólo como palabras y captado hasta sus significados para mero empleo de la lengua, sino que tiene abrazado en su espíritu estas mismas virtudes, y así realmente son sus sentimientos”⁸⁸. Hay así una dimensión de estos conceptos que excede su mero empleo en el habla, sus significados convencionales o metafóricos, para afectar a nuestros sentimientos y a otros lugares de nuestra inteligencia. Es la mano abierta que se deja recorrer para comprender.

La enseñanza de la ret3rica en Quintiliano, si sobresale por algo, es porque además de amplitud en la formación, exige hondura. La ret3rica será útil, pero no por su capacidad para mostrar lo convincente, o porque de ella emergerá antes o después lo justo o lo verdadero. Su utilidad se deriva de que es una virtud ética⁸⁹. A Quintiliano parece molestarle el tener que descender al terreno de la discusión sobre el utilitarismo de la ret3rica: “estos problemas sobre la utilidad de la ret3rica quizá sean investigados entre los que han reducido la suma perfección de la Ret3rica al poder de la persuasión”⁹⁰. Pero sabe que se le van a reclamar sus beneficios, por lo que finalmente concluye que si es ciencia del bien decir (*bene di-*

84 CORTÉS GABAUDAN, F (1994). “Formas y funciones del entimema en la oratoria ática”, *Cuadernos de filología clásica. Estudios griegos e indoeuropeos*, nº 4, p. 207.

85 QUINTILIANO, MF (1997-2001). *Op.cit.*, II.17, 39.

86 *Ibid.*, V.10, 1.

87 *Ibid.*, VIII.6, 3-5.

88 *Ibid.*, XII.2, 17.

89 *Ibid.*, II.20, 4, 6.

90 *Ibid.*, II.16, 11.

cendi scientia), y éste es el fin que se persigue –“de modo que el orador sea ante todo un hombre bueno”–, pues deberá admitirse que la retórica es ciertamente útil a la ciudad, pues qué mayor beneficio para ésta que la formación de buenos ciudadanos⁹¹.

Quintiliano, al comienzo de su importante libro XII, recoge de Marco Porcio Catón (234-149 a. C) la máxima *vir bonus dicendi peritus*: un hombre honrado, bueno, que sabe decir⁹². Como aprecia Sophie Aubert, Quintiliano reinterpreta esta sentencia a partir de múltiples herencias intelectuales (isocráticas, ciceronianas, estoicas y hasta socráticas), y la hace suya de manera original⁹³. El de Calahorra destaca aquello que Catón situó en primer lugar: “lo más importante y de mayor grandeza es precisamente el ser un *vir bonus*”⁹⁴. El *decir bien* resulta entonces secundario. Lo que en principio no parece quedar tan claro es dónde queda el ciudadano si hablamos de “hombre bueno”. Para Aristóteles “se puede ser un buen ciudadano sin poseer la virtud por la cual el hombre es bueno”⁹⁵. Es decir, uno es buen ciudadano dependiendo del régimen en el que esté, pues conforme a él, las virtudes exigidas serán unas u otras. Como aclara Leo Strauss, “un buen comunista será un mal ciudadano en una democracia liberal y viceversa”⁹⁶. Sin embargo, en el régimen ideal, en el mejor, el buen ciudadano coincidirá con el hombre bueno en la virtud perfecta⁹⁷.

Quintiliano no cede a tales distinciones previas, y para él el buen hombre resulta indisoluble del buen ciudadano. No prescribe cómo debe ser este *vir bonus*⁹⁸, ni se anima a opinar lo que el legislador debe permitir o prohibir en una ciudadanía virtuosa. Pero sí tiene claro que si “alguien ha hecho un atentado contra un tirano y se le inculpa por esto: ¿no deseará el orador, tal como lo definimos nosotros, que quede a salvo de condena?”⁹⁹. El buen ciudadano comprende por tanto, a partir de la amplitud del juicio retórico, la rebelión contra su propio régimen si éste resulta ser despótico.

Este énfasis moral en Quintiliano en su máxima del *vir bonus dicendi peritus* puede deberse, como hemos visto, a que la retórica había sido devaluada por “mentes menos vigo-

91 *Ibid.*, II.16, 11.

92 *Ibid.*, XII.1, 1.

93 AUBERT, S (2007). *Op. cit.*, Sobre los múltiples orígenes de la formulación, ver también: PUJANTE, D (1999). *El hijo de la persuasión. Quintiliano y el estatuto retórico*, Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, p. 297. Acerca de la importancia e influencia de la formulación de Quintiliano: FISH, S (1998). *Op. cit.*, p. 35. Quintiliano parece ser consciente de que, pese estas influencias, su postura es original en el ámbito de la retórica. QUINTILIANO, MF (1997-2001). *Op. cit.*, XII. Proemio, 4.

94 *Ibid.*, XII.1, 1.

95 ARISTÓTELES (1988). *Política*, III.4, 1276b 4.

96 STRAUSS, L (2006). *La ciudad y el hombre*, Katz Editores, Buenos Aires, p. 73. “El que es un ciudadano en una democracia, muchas veces no lo es en una oligarquía”. ARISTÓTELES (1988). *Op. cit.*, III.1, 1275a 2.

97 *Ibid.*, III.13, 1283b 12-1284a 13.

98 Aunque, como ha destacado Skinner, ya el mismo término de *vir bonus* restringe el ámbito a los varones: “Cicerón llega a mantener que de la palabra para varón (*vir*) se deriva la palabra virtud (*virtus*)”. SKINNER, Q (1993). *Los fundamentos del pensamiento político moderno. Vol. I: El Renacimiento*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993, p. 110.

99 QUINTILIANO, MF (1997-2001). *Sobre la formación del orador*, XII.1, 40.

rosas” que la manipulaban y tergiversaban. Como se lamenta el de Calahorra, “aunque las armas de la facilidad de palabra tienen poder para una y otra cosa –el mal y el bien–, no es justo, sin embargo, que se tenga por malo lo que puede tener buen uso”¹⁰⁰. Es más: “La misma naturaleza del mundo...no hubiese sido madre, sino madrastra, si hizo descubrir la capacidad de hablar como compañera de delitos, como contraria a la inocencia, como enemiga de la verdad. Porque mejor hubiera sido nacer mudos y carecer de toda razón que emplear las dádivas de la Providencia en nuestra recíproca ruina”¹⁰¹.

Para Quintiliano, una vez que las aptitudes naturales y nuestras experiencias nos hacen conocer por un lado lo bueno y lo honrado, y por otro lo perverso y la deshonra, si elegimos esto último no se nos podrá reconocer inteligencia¹⁰². Además, las envidias y codicias que corroen al mal ciudadano nos reportan muchos esfuerzos vanos, así como una intranquilidad interna poco fructífera¹⁰³. Quien no sea honrado, ni siquiera podrá ser orador. Ya no porque le sea difícil, sino porque a la hora de hablar de la justicia o del bien, “¿podrá un hombre perverso e inicuo hablar de estos valores como pide la dignidad de estos principios?”¹⁰⁴. Es decir, hablar de democracia en la plaza pública mientras uno es un tirano en el hogar, o dar lecciones sobre las bondades de la pluralidad de opiniones mientras sólo permite que se escuche su palabra, son actitudes que Quintiliano rechazaba de plano: “Entre los antiguos maestros de la sabiduría, muchos no sólo enseñaron el bien, sino que también vivieron en armonía con su enseñanza”¹⁰⁵.

El *buen ciudadano* deberá así estar conectado con su ciudad, con sus vecinos y lo que les preocupa; no en un mundo lejano e ideal, sino en las experiencias de primera mano, allá donde se fragua su propia vida práctica¹⁰⁶.

LA SABIDURÍA RETÓRICA DE QUINTILIANO

La enseñanza que perfecciona la virtud del ciudadano debe ser completa y honda. Se atenderá así a la diversidad de caracteres de quienes escuchan y de los que dicen; a la situación específica; a las experiencias de lo real con sus afectos no purgados. Se acepta la contingencia y la necesidad de, a veces, tener que improvisar; para ello se ofrece la garantía de un sosegado estudio, de meditar y pensar para distinguir lo justo de lo injusto, lo honrado de lo que no lo es. Como afirma Quintiliano, su doctrina sobre la capacidad de juicio impregna

100 *Ibid.*, II.16, 10.

101 *Ibid.*, XII.1, 2.

102 *Ibid.*, XII.1, 3.

103 “¿Qué pensamos que harán la codicia, la avaricia y la envidia, cuyos pensamientos sumamente desmedidos nos perturban hasta los mismos sueños y aquellas visiones habidas durante el descanso? Pues nada hay que nos cause tanto trabajo, ni es tan complejo y por tantos y tan encontrados sentimientos herido y desgarrado que el mal pensamiento”. *Ibid.*, XII.1, 6-7. Un continuador de esta línea sería Giambattista Vico y sus oraciones inaugurales de la Universidad de Nápoles. VICO, GB (2002). *Obras. Oraciones inaugurales y La antiqüísima sabiduría de los italianos*, Anthropos, Barcelona, Ver especialmente su segunda oración.

104 QUINTILIANO (1997-2001). *Op. cit.*, XII.1, 8.

105 *Ibid.*, I.Proemio, 15.

106 *Ibid.*, XII.2, 6-7.

todo lo que ha escrito, pues “está de tal manera en conexión y mezclada con todas las partes de esta obra mía, que la verdad no se puede separar”¹⁰⁷. Se trata, como hemos visto, de un juicio ético ligado al *pathos*¹⁰⁸ y que, en nuestra opinión, retoma la *phrónesis* aristotélica para ir más allá. No se disocia la retórica de la ética o la filosofía; esto, como explica el de Calahorra, “para que la vida del orador esté unida con el saber de las cosas divinas y humanas”¹⁰⁹. De esta manera, con “los dos pies firmes en tierra” y ligado a la vida práctica, sin renunciar a la trascendencia filosófica, el buen ciudadano que sabe decir podrá cuidar y elevar la política¹¹⁰.

En lugar de perfilar un arquetipo ideal de ciudadano, Quintiliano se enreda en las dificultades cotidianas de esta vida práctica para tratar de afrontar de un modo realista, y lo más completo posible, la posibilidad de una vida política mejor. Es consciente de que sus exigencias son amplias, pero ante ello no puede más que afirmar que “breve es la formación de una vida honrada e interiormente feliz”¹¹¹. Situando en primer plano una sabiduría retórica, una reflexión (*consilium*) que “tiene en sí unidos la invención y el juicio”¹¹², nuestro rétor nos dice finalmente que es el buen ciudadano —aquél con juicio, que atiende a la honra y riqueza de su *inventio*— el que finalmente se debe anteponer a cualquier artista o técnico de la palabra: “Me doy por satisfecho con decir que nada hay que tenga mayor primacía que la reflexión (*consilio*), no sólo en el discurso, sino en nuestra vida entera, y que en vano se enseñan sin ella las demás artes, y que aun sin la formación oratoria vale más la cordura (*prudencia*) que la formación sin cordura”¹¹³.

UNA TEORÍA POLÍTICA RETÓRICA

Tras la Segunda Guerra Mundial triunfaba en Estados Unidos una *nueva* ciencia de la política, heredera de muchos de los fundamentos modernos que habían relegado a la retórica fuera del ámbito del saber. Autores como Leo Strauss, Eric Voegelin, Hannah Arendt o Sheldon Wolin, enseguida pugnaron por defender una teoría política a la que se daba por muerta bajo las exigencias de certeza, objetividad y metodología. Estos autores reproducían, quizá sin ser del todo consciente de ello, algunos términos de la vieja querrela de la que hemos dado parte¹¹⁴.

107 *Ibid.*, VI.5, 1.

108 ROIZ, J (2003). *Op. cit.*, p. 44. QUINTILIANO, MF (1997-2001). *Op. cit.*, Libro VI, capítulo II: “Sobre la conmoción de los afectos”, 1-35.

109 *Ibid.*, XII.2, 8.

110 *Ibid.*, I.Proemio, 10.

111 *Ibid.*, XII.11, 12.

112 *Ibid.*, VI.5, 3. *Consilium* es la decisión que se toma en un consejo o asamblea. Una deliberación. De ahí que uno de sus significados en la lengua común sea “propósito maduro y reflexionado” y que se emplee como “buen consejo, sabiduría o previsión”. Debo esta aclaración a Laura Adrián.

113 *Ibid.*, VI.5, 11.

114 Si seguimos a Dilip P. Gaonkar podríamos hablar de autores retóricos *explícitos*, como Ernesto Grassi o Walter Ong, e *implícitos*, es decir, autores cuyos planteamientos coinciden con muchos de los presupuestos retóricos más clásicos pero que, o bien lo ignoran, o bien tratan de elaborar sus propias propuestas teóricas alternativas. GAONKAR, DP (1999). *Op. cit.*, pp. 202-203.

De este modo, para Wolin por un lado estaba una ciencia política moderna, que al adoptar una forma científica buscaba ser rigurosa mediante la consistencia lógica, el culto al método y la exigencia de formulaciones capaces de verificarse empíricamente¹¹⁵. Por otro lado, se podía conocer y estudiar la política de otra manera, empapándose de las incoherencias y contradicciones de la experiencia, más que de una aséptica lógica matemática. La vida política a menudo resulta inaprensible, por lo que necesitamos significados iluminadores y sugerentes para ella, no definiciones. Frente al minucioso rastreo metodológico, reaparece la pregunta por el sentido. Se valora de nuevo a la imaginación teórica, se rescatan las intuiciones, los sentimientos y percepciones, también al sentido común; y todo ello sin dejar de ser rigurosos¹¹⁶. En realidad, esta *otra* forma de conocer resulta anterior a toda labor científica y no la agota¹¹⁷.

Es algo reconocido, decíamos, que la retórica fue empujada a los márgenes de la filosofía y de las ciencias sociales con el auge de la nueva ciencia del siglo diecisiete¹¹⁸. Y sin embargo, como resalta Dilip P. Gaonkar, se han ido conservando muchos de sus presupuestos de una u otra forma, hasta que en la segunda mitad del siglo veinte ha ido produciéndose en diversas disciplinas lo que se ha denominado “the rhetorical turn”, es decir, el reconocimiento cada vez más amplio de la retórica en el pensamiento contemporáneo¹¹⁹. Ello se puede deber a una crisis que afecta a los modos de pensamiento y de conocimiento habituales o triunfantes, es decir, a la necesidad de nuevas sendas ante el colapso de la política contemporánea y su teoría¹²⁰. Para Stephen Toulmin:

Podemos ver hasta qué punto los cambios que se experimentan hoy en día están “deshaciendo” cosas que se hicieron originalmente en 1630 y más adelante, y representan la renovación de unos compromisos que los humanistas del siglo dieciséis daban por sentados.... Los científicos naturales del siglo diecisiete... soñaban con unir las ideas de “racionalidad”, “necesidad” y “certeza” en un único envoltorio matemático, y el efecto de ese sueño habría de causar una herida en la razón

115 WOLIN, Sh S (1969). “Political Theory as a Vocation”, *The American Political Science Review*, vol. 63, n° 4 (Dec.), p. 1070.

116 WOLIN, Sh S (2001). *Política y perspectiva*, Amorrortu, Argentina, pp. 26-30. Hay una nueva edición ampliada de esta obra: *Politics and Vision. Expanded Edition*, Princeton University Press, Princeton, 2004.

117 Ver también: VOEGELIN, E (1952). *La nueva ciencia de la política. Una introducción*, Katz, Buenos Aires, 2006, p. 18. STRAUSS, L (2006). *Op. cit.*, p. 24.

118 GAONKAR, DP (1999). *Op. cit.*, p. 198. Gadamer se pregunta “la cuestión de cómo se llegó a atrofiar esta tradición [retórica] y cómo las pretensiones de verdad del conocimiento espiritual-científico cayeron bajo el patrón metódico de la ciencia moderna”. Gadamer, *Verdad y método*, vol. I, p. 54. Ver también: TOULMIN, S (2001). *Op. cit.*, pp. 200-201. “El ataque ha sido tan concienzudo que, incluso en el lenguaje cotidiano, la retórica ha quedado asimilada a algo grotesco, deforme, fuera de la realidad de nuestro tiempo”. ROIZ, J (2001). “Editorial”: *Foro Interno*, n°1 (diciembre), p. 9.

119 Hay muchas retóricas a las que acercarse, y muchos modos de hacerlo. Nosotros, desde la teoría política, estamos reivindicando una determinada línea, aquella que desarrollaron Isócrates y Quintiliano, y que dará paso a la *retórica democrática* de autores como Giambattista Vico.

120 DE SOUSA SANTOS, B (2003). *Crítica de la razón indolente*, Editorial Desclée de Brouwer, Bilbao, pp. 43-44.

humana que durante tres siglos no tuvo cura, una herida de la que solo recientemente estamos empezando a recuperarnos¹²¹.

Para nuestra comprensión y uso de la teoría política esta recuperación de la retórica al calor de nuestras preocupaciones actuales nos puede resultar muy fructífera. No estamos hablando de volver a las aulas del *trivium* medieval, al estudio de oraciones y panegíricos, tampoco al análisis de los discursos. Lo que denominamos retórica democrática pretende, como hemos comprobado con Quintiliano, recuperar visiones de la ciudadanía más realistas y completas, donde tengan cabida los infantes de la política –los sin voz–, donde no se purguen los afectos (*pathos* y *ethos*) de los ciudadanos, donde la vida práctica y su exuberante contingencia no sea un obstáculo a la hora de pensar teóricamente sobre cuestiones generales y trascendentes que afectan a los asuntos humanos y a la vida pública. Regresar del deseo de predicción de los expertos a la sensibilidad del estudio y el sentido común, abandonar toda pretensión de objetividad neutral para reconocer un pensamiento situacional donde el juicio se revela central. Se trata también de un compromiso democrático el de una retórica que, según se dice, nació de una revuelta contra la aristocracia en Siracusa, a partir del deseo ciudadano por decidir directamente y entre todos sobre los asuntos comunes de la ciudad, de ser por tanto jueces de sus asuntos y, desde el respeto por su pluralidad, consagrarse a la búsqueda de acuerdos políticos (*rhétras*)¹²².

De todos es conocida la tensión implícita en el sintagma *teoría política*. Leo Strauss nos conminaba a regresar a la visión aristotélica de una práctica ligada a su teoría de un modo integrador, como veíamos en la *phrónesis*, algo que se vino abajo con las ciencias aplicadas a partir del siglo diecisiete. La retórica de Quintiliano, como *ciencia del bien decir*, enriquece esta propuesta en lo que es un saber no invasivo, pacífico, que no se inyecta sino que se cultiva y resulta terapéutico como un antídoto, que se abre a otros saberes. La teoría y lo político no chocan sino que se enriquecen como dos notas musicales que, en armonía, nos dicen mucho más que por separado.

La cuestión por el significado y lo significativo que lleva a cabo una teoría política retórica renuncia a las ansiedades o a los caminos que persiguen (*methodos*) resultados correctos; no estamos ante el delirio de la lengua perfecta y universal que ahogaría por siempre los conflictos. Estamos por el contrario ante una tarea inconclusa, donde hemos de contar con zonas oscuras, regiones que exceden a los límites del lenguaje para desplegarse desde otros ámbitos de nuestra existencia. Como ya advirtió Quintiliano, para tratar de seguir al pensamiento y a lo real, el lenguaje se vuelve impropio, tropológico, y a menudo pensamos sin él, incluso a veces más profundamente. Crear, usar, luchar por los significados, son tareas que todos podemos realizar y que de hecho llevamos a cabo; comprender tales significados, juzgarlos, evaluarlos, son actividades que desaparecen cuando abandonamos el pensamiento, la *inventio* o el juicio. No es por tanto esta labor de com-

121 TOULMIN, S (2001). *Op. cit.*, pp. 32-33.

122 LÓPEZ EIRE, A (1998). “Retórica política, retórica escolar y teoría literaria moderna”, in: DEL RIO, E., CABALLERO, JA & ALBADALEJO, T (eds) (1998). *Quintiliano y la formación del orador político*, Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, pp. 83-85. Ver también: KENNEDY, GA (2003). *Op. cit.*, p. 31. Kennedy advierte de otros orígenes precedentes de la retórica como forma política para llegar a acuerdos más allá de occidente, en Egipto, India o China. *Ibid.*, pp. 20-21, 347-348.

prensión algo que se da automáticamente en el ser humano, pero tampoco estamos ante una *techné* propia de una élite.

En realidad, todo ello plantea un panorama desde el que hacer una teoría política sin omnipotencia y donde su utilidad no venga marcada por ganancias materiales, sino por lo que de bien nos puede proporcionar, tanto para la ciudadanía y la vida pública, como para la democracia.